



P A X C H R I S T I

La comunión genera la misión

Queridos hermanos:

El Octubre Misionero nos llega este año en un momento particularmente significativo para toda la Iglesia. El domingo 18 de octubre celebraremos la 100.^a Jornada Misionera Mundial y el Papa León XIV nos propone un tema que contiene una pregunta profunda sobre nuestra vida cristiana: «Uno en Cristo, unidos en la misión».

Cien años de Jornadas Misioneras Mundiales nos recuerdan que la misión no es una actividad entre las tantas que la Iglesia realiza. Es lo que revela su misma identidad. La Iglesia existe para que el Evangelio recibido pueda convertirse en Evangelio entregado; para que el amor encontrado en Cristo no permanezca escondido, sino que alcance a otros hombres y a otras mujeres.

Tal vez precisamente aquí podamos encontrar una pista para nuestro camino de este mes.

Una comunidad cristiana, una familia religiosa, cada uno de nosotros puede correr el riesgo de preocuparse mucho por lo que debe conservar y poco por lo que debe generar. Podemos cuidar estructuras, tradiciones, costumbres, actividades, incluso un patrimonio espiritual precioso, y sin embargo olvidar que todo esto se nos ha confiado no para que lo retengamos, sino para que a través de nosotros pueda seguir dando fruto.

La misión comienza cuando lo que hemos recibido deja de ser exclusivamente nuestro.

San Juan Leonardi vivió precisamente esta dinámica. El carisma recibido no se convirtió para él en una realidad que se debía defender, sino en una gracia que se debía poner al servicio de la Iglesia. Su pasión por la formación, por la reforma de la vida cristiana, por el anuncio del Evangelio y por la comunión eclesial nacía de la convicción de que la fe, cuando es realmente encontrada, genera siempre un movimiento hacia el otro.

También para nosotros, entonces, ser misioneros no significa ante todo hacer algo extraordinario o ir lejos. Significa preguntarnos si lo que Dios ha obrado en nosotros todavía logra alcanzar a alguien a través de nosotros.

La misión puede comenzar por una puerta abierta, por una comunidad capaz de acoger, por un cohermano escuchado con paciencia, por un joven acompañado en su vocación, por una palabra del Evangelio dicha en el momento oportuno, por una presencia fiel al lado de quien atraviesa una prueba. Puede asumir formas diversas, según los lugares y las responsabilidades que cada uno posee, pero conserva siempre la misma lógica: recibir de Cristo y dar a los demás lo que de Él hemos recibido.



Ordine della Madre di Dio

En este camino se inserta también la Visita Canónica que acompañará a nuestra Orden en los próximos meses. En el mensaje para su convocatoria hemos acogido el tema «Examínense a ustedes mismos» (2 Cor 13,5). Será también una ocasión misionera: un tiempo para abrir las puertas de nuestras comunidades, encontrarnos, escucharnos y compartir las riquezas y las fatigas de las diversas realidades de la Orden. Así podremos experimentar que la comunión entre nosotros no es solamente algo que se ha de proteger, sino una fuerza que nos hará más disponibles para la misión.

La comunión, de hecho, no se contradice con la misión: es su manantial. El Papa León XIV, en su Mensaje para la Jornada Misionera Mundial, recuerda que de nuestro estar unidos a Cristo brotan la comunión mutua y la fecundidad misionera. Ser «uno en Cristo» equivale convertirse en una comunidad capaz de testificar en el mundo la fuerza reconciliadora del Evangelio.

Cuando aprendemos a caminar juntos, nos volvemos más capaces de ir al encuentro de los demás. Cuando dejamos de vivir replegados sobre nuestras propias realidades, nuestra mirada se ensancha y se vuelve capaz de reconocer las necesidades de la Iglesia y del mundo.

Es una perspectiva que nos interpela. Nuestra misión no depende solamente del número de obras que logramos sostener, de las actividades que logramos organizar o de los lugares en los que estamos presentes. Depende sobre todo de la calidad de la vida evangélica con la que habitamos esos lugares. Una comunidad puede tener muchas actividades y poca misión; puede tener pocas actividades y, en cambio, ser profundamente misionera. Porque la misión no se mide ante todo por cuánto hacemos, sino por cuánto nuestra vida deja traslucir a Cristo y la salvación que solo de Él proviene.

En este sentido, el Octubre Misionero puede convertirse para cada uno de nosotros en una ocasión sencilla y concreta para ensanchar la mirada. La Iglesia es más grande que nuestra comunidad, que nuestra ciudad, que nuestra nación. Cada día, en lugares cercanos y lejanos, hombres y mujeres anuncian el Evangelio, comunidades cristianas crecen en la fe, jóvenes descubren su propia vocación y muchísima gente aún espera poder encontrar a Cristo.

Pensar en la misión significa entonces también recordarnos que no estamos solos. Nuestra oración, nuestra solidaridad, nuestro interés por las misiones de la Orden y por las Iglesias más jóvenes son modos concretos de participar en la misión de la Iglesia universal. Incluso un pequeño don, vivido en la comunión, puede convertirse en participación en la misión de la Iglesia.

Pero antes aún de nuestra ofrenda material, hay un don que todos podemos hacer: nuestra disponibilidad.

Disponibilidad para dejarnos enviar. Disponibilidad para salir de nuestros esquemas. Disponibilidad para colaborar. Disponibilidad para reconocer que el carisma que hemos recibido no nos pertenece. Es un don del Espíritu para la Iglesia.

En este mes misionero pidamos, por tanto, al Señor que nos libere de la tentación de una vida cristiana y religiosa replegada sobre sí misma. Nos conceda un corazón capaz de mirar



Ordine della Madre di Dio

lejos, pero también ojos capaces de reconocer al hermano que tenemos al lado. Nos haga fieles a nuestra vocación y, precisamente por ello, capaces de ir más allá de nosotros mismos.

San Juan Leonardi nos enseñe una vez más que una vida entregada a Cristo no se cierra: se convierte en camino para que otros puedan encontrarlo.

Y María, mujer de la escucha y de la disponibilidad, nos enseñe aquella sencilla obediencia que transforma un «sí» recibido de Dios en una vida entregada a los demás; el grano de la vocación en frutos de caridad que hacen fecunda a la Iglesia.

Fraternalmente,

Roma, 3 de octubre de 2026



P. Antonio Piccolo, OMD

P. Antonio Piccolo, OMD
Rector General